

6. Chile en la hora de las dudas

Alguien dijo que asumir la historia es asumir la guerra. En general, hoy sabemos que esto es cierto, en el sentido de que la alternativa no es la de la guerra o la paz, sino como en el *Quijote*, entre distintas formas de guerra. Porque la paz es el fin, y la única paz aceptable y merecedora del nombre es la establecida por la justicia.

Esto es lo contrario de la doctrina de Kissinger y obliga a una teoría de la guerra muy distinta de la de Clausewitz.

La guerra puede describirse siempre en términos de una relación de fuerzas entre dos antagonistas, pero eso si se la describe desde fuera, como en la teoría de los juegos.

Muy distinto es si se la ve desde dentro; ahí ya no se trata tanto de la fuerza del enemigo, sino de la fuerza, de la dimensión y del crecimiento posible del amigo, de su vitalidad y perduración. Es un problema, en términos militares, de *territorio*, de *terreno* y de *moral*.

Es una situación de triángulo. Si no hay amigo, de nada sirve la fuerza militar descargada en un momento dado sobre otra fuerza concentrada, aun si ésta queda aparentemente aplastada, porque puede reconstituirse. Si el amigo es pequeño, el enemigo es grande. Si el amigo es grande, el enemigo es pequeño. Si el amigo va a sobrevivir al enemigo, puede decirse que todo es cuestión de tiempo, o que los días del enemigo están contados, aunque no se sepa a ciencia cierta cuál es su número.

En una palabra, es el triunfo de la historia y de los pueblos. Y, por lo mismo, mucho más importante es ganar al amigo y hablarle al amigo, que combatir al enemigo e insultarlo.

Pero para eso, es preciso interpretar al amigo, interpretar la historia, interpretar al pueblo. Lo cual, a su vez, no es posible si no se es de antemano su verdadero intérprete. A la larga, no caben engaños ni trampas.

Así, el principio señalado —de que “asumir la historia es asumir la guerra”— puede y debe leerse también al revés: asumir la guerra es asumir la historia.

Nunca esto ha sido más claro que hoy día, y parece que cada día que pase lo será más.

Es el gran problema secreto, inconfesado, del imperialismo; del cual él es también cada día más consciente. ¿Cómo podría no serlo con las lecciones que está recibiendo?

Y es también el gran problema para los ejércitos tradicionales, vale decir para las fuerzas represivas permanentes, que tienen un orgullo nacional y una tradición, que se sienten parte y se sienten con una responsabilidad frente a la historia y al propio pueblo.

Si se trata, pues, del arte de la guerra, es mucho más la hora de los estrategas chinos de hace 2 500 años, de Sun Tzu, que de Clausewitz. O, mejor,

todavía para unos seguirá siendo Clausewitz en su ángulo más débil y desesperado, y cada día para más pueblos será Sun Tzu, en su parte más fuerte, y en un marco global y total que Sun Tzu pudo no haber jamás soñado.

Por eso, en el mundo es la hora de las dudas. Y el poderoso secretario de Estado Kissinger de los Estados Unidos, que jugó todas sus cartas políticas a la imagen de ser él una reencarnación del Metternich austriaco de hace más de un siglo y medio, y que logró todo el apoyo oficial de su país para levantar y propagar esta atrevida y fantasmagórica idea, se debate hoy día con las dudas de su gobierno. Es también, en otras dimensiones, el caso del actual gobierno español heredero de Franco. En alguna forma, es también el caso de Francia, de Italia y de muchos países árabes. Y, por cierto, es el caso de Israel, del Israel de Moshe Dayan y de Golda Meir.

Dudas estratégicas, no sólo tácticas. Aparentemente, un contrasentido: dudas estratégicas en medio de la guerra.

La constatación de cada día nuevas fragilidades internas ante los requerimientos siempre mayores y más exigentes e insoslayables, en términos de fortaleza física y moral, de una lucha que se cumple en todos los planos, obliga a dudar sobre lo que se busca y se desea.

Las dudas de los poderes imperiales repercuten en la situación de sus clientes, que han de adivinar con anticipación la dirección en que ellas van a ser resueltas. Equivocarse en esto, cuando se depende en todo de los otros y cuando todo lo que se recibe de ellos es a título no de inversión estable, sino de apoyo logístico, es sinónimo de desaparecer.

Por eso en Chile también, para las fuerzas armadas chilenas, teniendo todo el poder de fuego imaginable para aplastar cualquier brote insurreccional aislado y para decidir sobre la suerte de los que pudieran hacer peligrar su hegemonía, como verdaderos señores de la vida y de la muerte, es la hora de las dudas.

Es lo que se lee claramente en el reciente escrito de Frei, y es lo que lo hace posible. Es lo que nos dicen las noticias, de las purgas de Pinochet en el ejército. Es, a la vez, lo que mantiene aún a Pinochet y su relación con Leigh, y es lo que lo amenaza.

Cumpléndose ya treinta meses del golpe, no sólo Pinochet, sino todos los que lo rodean, se debaten en medio de los temores de una situación política y económica extremadamente crítica y que no logra definirse.

Un problema de identidad, y la inseguridad del futuro, se acrecienta con la reiterada percepción íntima, cada vez más consciente, de que no hay avance ni salida clara.

El temor al castigo, en unos, y los riesgos y dificultades de una retirada o de un cambio completo de rumbo, para los demás, hacen aún más incomfortable la situación de quienes —desde puestos de mando y de total obediencia— van viendo reducirse su movimiento a un círculo cada día más estrecho. Si a esto se suma el aliento patriótico en que de una u otra manera ha sido formado, el conocimiento próximo que se va alcanzando de los sufrimientos del pueblo y de los escandalosos manejos de los grandes intereses in-

dividualistas, minimiza en los militares con conciencia o con talento las ilusiones propias del "espíritu de cuerpo" y las satisfacciones del poder.

Está el problema de la economía, que arroja saldos desfavorables pavorosos en todos los rubros claves, en las propias cifras oficiales, frente aun al último año del gobierno de Allende, cuando todas las fuerzas tradicionales internas y externas actuaban coordinadamente para sabotear y desquiciar la economía del país.

En segundo lugar, lo que por cierto no se revela de inmediato en las cifras oficiales, pero que se percibe a simple vista a lo largo de todo el país: la pauperización acelerada —y, en grandes sectores, ya a nivel de indigencia y hambre— de las clases trabajadoras. A la desnutrición se agrega, por el desmantelamiento del aparato de salud pública, un incremento escalofriante de la morbilidad y de la mortalidad infantiles.

En tercer lugar, la escandalosa apropiación del ingreso por una minoría de contados individuos y por los intereses extranjeros, que compiten en la enajenación de las riquezas del país y en el reparto individual de lo que queda, especulando al mismo tiempo con anticipación sobre la base de cálculos de multiplicadores del dinero y de programaciones de caja del circulante hechas en su beneficio y de las decisiones económicas que ellos mismos programan a nivel de gobierno, e invirtiendo al mismo tiempo la mayor parte de las ganancias así obtenidas en el extranjero.

Finalmente, un renglón de primer rango, la ausencia de una política viable congruente con un esquema mínimo, de mediano y corto plazo, de resguardo de la seguridad nacional. Porque en la incertidumbre de los procesos en desarrollo en el mundo y en América Latina, y por el severísimo juicio que inevitablemente se hace del régimen imperante en Chile en el exterior —por encima del menudeo de las transacciones comerciales y de financiamiento—, y por la misma inocultable situación crítica interna, la vulnerabilidad del país aumenta a un ritmo mucho mayor que el de las adquisiciones de armamentos, que, por lo demás, siempre podrán ser contrapesadas.

Esta última preocupación no es una fantasía, ya que tiene su lógica militar.

El país, por su forma general y su conformación, es ya estratégicamente de por sí un reto logístico. Su población es pequeña y está viciosamente concentrada en la capital y dos ciudades.

Aplastada económicamente, y golpeada en su costumbre y tradición de vida política —por la represión y el mantenimiento de un perpetuo estado de excepción—, sería una contradicción dar por sentado que ella se encuentra en un estado de alta *moral*.

Y la situación total creada por el golpe militar y la dictadura de la Junta deja en serio entredicho a todas las fuerzas armadas chilenas, puesto que se desdice la tradición institucional y constitucionalista de ellas, en que se cifraba precisamente su mayor prestigio.

Esto se traduce en vulnerabilidad, primero moral y eventualmente física, desde el momento que una agresión ya no sería como antes, una agresión a

un pequeño país cuya dignidad y libertad estaban avaladas universalmente por su tradición institucional y democrática.

A nadie puede serle demasiado extraño que piensen así, en medio del fracaso de Pinochet, muchos militares chilenos para quienes la respetabilidad, la fuerza y la seguridad del Estado fue la razón de su dedicación y ejercicio profesional, y su responsabilidad en su obediencia al poder legítimo.

Sugestivamente, el argumento de "la unidad granítica" de las fuerzas armadas, y de la inseparabilidad de los miembros de la Junta —semejante, según Leigh, a la de las pirámides de Egipto—, ha venido siendo esgrimido alternativamente por los dos hombres fuertes de la Junta en los últimos meses.

La fuerza del argumento, que apela exteriormente al espíritu de cuerpo de los uniformados, radica en el temor general por las consecuencias que tendría un pronunciamiento que no contara con el respaldo o la final adhesión pasiva, de la mayoría de los oficiales con mando de tropa. Pero el argumento es también la mejor trampa para impedir cualquier disidencia o crítica.

Puede decirse que al fin llegó para todos los militares chilenos la dura hora inevitable de las dudas. Y ello en una hora general de dudas. Las dudas se resuelven, aparentemente, por una decisión en cualquier sentido. Pero el sentido, en verdad, importa mucho y, de hecho, lo es todo, para que las dudas no sobrevivan.

12 de febrero

José María Bulnes